

asilo y buscar otro más seguro. Pero arrastrado Caraffa por la fuerza de su destino, se obstinó en permanecer allí, y dejó salir solo al Prior, que con buena fortuna consiguió ocultarse en casa de un tintorero, donde no pudieron dar con él. Asaltado el convento, escondieron los frailes á D. José, mientras que fueron inhumanamente despedazados dos de sus gentiles hombres. Creció el apuro, á medida que la gente iba franqueando por la fuerza la entrada del edificio; y entonces discurre Caraffa escribir al Virey á Castelnuovo cuatro letras, pidiéndole que tirase algunos cañonazos hácia aquel sitio, para espantar y contener al pueblo. Confió este billete á un lego que se encargó de entregarlo en pocos minutos, y que lo escondió en las sandalias. Mas fué detenido, descubierta y maltratado; redoblándose el furor de los sublevados con la certeza de que allí tenían á la víctima, que tan ansiosos buscaban. En tal conflicto rogó el P. Juan de Nápoles al escondido que huyese, porque ya el pueblo lo invadía y escudriñaba todo, sin respetar ni ya las celdas de los religiosos, sino tampoco los sepulcros, ni los camarines, ni los sagrarios. Decidióse al cabo á la fuga el caballero, disfrazado con un hábito de capuchino y se descolgó por una claraboya del coro á espaldas de la iglesia; y atravesando un corralón y un almacén de seda, salió á una estrecha callejuela, y entró en la casa de una mujer perdida, á quien ofreció una gruesa suma por el secreto. Pero ella, ó por temor del populacho, ó por otra causa, después de esconderlo debajo de su cama, corrió á avisar á los que lo buscaban. Un tremendo alarido de furibunda alegría lanzó la turba al ver en sus manos al hermano del duque de Maddalona. Y arrojándole vengativos de un lado á otro, cargado de duros golpes y de groseros insultos, lo llevaron por varias calles como para dilatar su agonía. Aquel ilustre y desventurado caballero, tan orgulloso y tan altivo antes, pedía ahora con dolorosos acentos misericordia, prodigaba humillaciones á sus verdugos, ofrecía gruesas sumas por su rescate. Todo en vano, pues al llegar á la plazuela del Ceriglio, entre la gritería general de *matado, matado*, recibió dolorosas puñaladas, hasta que un mancebo, hijo de un carnicero, con la cuchilla de la carne le cortó de un solo tajo la cabeza. Al verla rodar por el suelo «fué universal el aplauso, dice Giraffi, como si hubiera sido la del bárbaro Otomano». Un hombre del pueblo se arrojó á morderle un pie, diciendo se lo iba á comer, porque pocos días antes se lo había tenido que besar (1). Opusieron los circunstantes á tal atrocidad. Pero recordando que se había asegurado, cuando ocurrió el disgusto del año anterior entre la nobleza y el Arzobispo, por la procesion de San Genaro, que el Caraffa le había dado en lo acolorado de la disputa un puntapié al prelado, le cortaron el pie derecho. Y ensartándolo luego con la cabeza en una pica, llevaron aquel trofeo con gran algazara á la plaza del Mercado, habiéndole puesto un cartelón que decía: *Este es D. José Caraffa, traidor á la patria y al fidelísimo pueblo*.

Presentados estos despojos á Masanielo, los contempló con bárbara complacencia, dió golpes con una varita que tenía en la mano á la desfigurada cabeza, le tiró de los bigotes, le dirigió groseros insultos y horribles sarcasmos, y mandó colocarla con las otras infinitas que adornaban su cuartel general (2), poniéndole para más escarnio una corona de papel dorado. Y en seguida (pues le gustaban las peroratas al pescadero) arengó al populacho sobre lo inexorable de la justicia divina, que tarde ó temprano castiga al malo. Concluido el discurso, entendió en que se colocasen con más orden y simetría las cabezas que circundaban la plaza y de que á cada paso llegaban frescas remesas. Mandó recoger y traer allí el destrozado cuerpo de Caraffa, y lo colocó atravesado sobre una viga. La cabeza y el pie, puestos en una jaula de hierro, los mandó llevar á la puerta de San Genaro, inmediatamente al arruinado y desmantelado palacio del duque de Maddalona; y ofreció al que le trajese vivo á este personaje ochocientos escudos, y cuatrocientos al que se lo presentase muerto (3).

Pero no cesaba la conmoción popular. Armados pelotones, donde no faltaban niños y mujeres, recorrían la ciudad buscando bandidos ó partidarios de ellos, y con este pretexto saciando cada uno sus particulares venganzas. Los gritos de *muerta, muerte*, resonaban por todas partes. Cuerpos destrozados yacían aquí y allí esparcidos; sangre humana manchaba todas las manos, salpicaba todas las paredes, profanaba todos los templos. Nada había seguro, nada respetado, nada fuera del alcance de los furibundos asesinos. Nunca se había mostrado hasta aquel triste día, en toda su atroz fealdad tan horroroso desorden.

Ni la vida de Masanielo estaba á cubierto. Des-

(1) De Santis.

(2) Como se ve en un cuadro que existe en el Museo de Nápoles, del pintor de aquel tiempo, Mico Spadaro.

(3) Donzelli. — Giraffi. — Agnello della Porta, MS.

de en medio de la confusión le dispararon dos tiros de arcabuz, que tampoco le hirieron, y fué imposible saber quién los había disparado.

Gran temor causó esta ocurrencia al supremo jefe popular, y el peligro propio le obligó á poner todo su conato y á emplear sus esfuerzos todos en sosegar lo más pronto posible aquella indomable agitación. Se lanzó decidido en medio de las furiosas turbas, buscó y reunió á sus partidarios, aunque después de la reciente traición de Perrone desconfiaba de todos, y logró al cabo hacerse oír, y poco después hacerse obedecer, dictando severas medidas para restablecer el orden é imposibilitar nuevas tentativas contra su persona. Aumentó la talla por la cabeza de Maddalona, que era la fantasma que le perseguía. Mandó, so pena de la vida, que nadie usase capa ni lenguas vestiduras, para que no pudieran ocultarse armas bajo el ropaje. Y fué tan exactamente obedecido, que hasta el cardenal Filomarino y todos los eclesiásticos vistieron al momento de corto, y las mujeres mismas llevaban ropaje á media pierna el faldamento. Prohibió, con pena de muerte, que se saliera sin permiso suyo de la ciudad, y que entrase en ella nadie que no trajese vituallas para el abasto público, y esto después de bien reconocido y registrado en las puertas. Mandó que todos sus partidarios pusieran una señal convenida á la puerta de sus casas. Y dispuso terminantemente cortar los viveres á los castillos, y romper los caños y acueductos que los proveían de agua. Publicó bando para que todos los vecinos iluminasen sus casas por la noche. Ordenó que en las plazas se encendiesen grandes hogueras. Dedicó la noche toda á abrir zanjas y levantar barricadas y reparos en los puntos más importantes, para evitar una sorpresa. Y tomó las más rigurosas medidas para que no faltase agua á la población, consertada de nuevo con la noticia vaga de que un bandido, antes de morir, había declarado que estaban envenenadas las fuentes de la ciudad (4).

El duque de Arcos, estuviere ó no de acuerdo con Maddalona, quiso en un principio mandar romper el fuego al castillo de Santelmo y disponer una salida. Mas cuando vió errado el golpe de los bandidos, temió exacerbar al pueblo triunfante, capaz ya de todo en aquellos momentos de exaltación. Y escribió un curioso billete al cardenal Filomarino, mostrándose muy disgustado de lo ocurrido, encargándole que entregase al pueblo los bandidos que pudiera haber á la mano, pues él haría lo mismo; y rogándole anudase á toda costa las negociaciones.

El Cardenal, en cuanto empezó á calmarse la agitación, volvió sin tardar de instantes á poner en juego sus recursos. Y aunque las circunstancias habían empeorado mucho y los ánimos estaban hartos encendidos, llegó á proponer á Masanielo, que le miraba siempre con veneración profunda y con religioso respeto, que se enviara al Virey los artículos para que los aprobase; y conseguido el objeto que se proponía el fidelísimo pueblo, se restableciese la calma en la ciudad y se repusiese su vecindario de tantos sustos y desventuras.

Muchos de los jefes de la sublevación, acalorados con lo ocurrido, se oponían vigorosamente á seguir ningún trato con el Virey, proclamando guerra á muerte contra la nobleza y los españoles. Pero los consejos de Genovino, que además de estar ganado empezaba á temer el progreso indomable que iba tomando la conmoción, y veía á Masanielo desconfiado é indócil emanciparse de su influencia, consiguieron templar los ánimos lo bastante para dar oídos á los que predicaban paz. Y el prestigio del Arzobispo, fundado en gran parte en su conocido odio á la nobleza y en su poca deferencia por el Virey, y aun por el gobierno español, logró dar entrada á la razón y convencer á todos, de modo que se resolvió finalmente el enviar á Castelnuovo los artículos acordados, y que las tristes ocurrencias del día habían impedido que fueran públicamente leídos.

Eligióse para mensajero á un clérigo, sobrino de Palumbo, y muy zafio y muy presumido, que se llamaba don José Fattoruso, acérrimo partidario de las más extravagantes exigencias del populacho. Presentóse á prima noche este negociador al Virey, quien cuidó de halagar su vanidad recibiendo magníficamente y con toda ceremonia. Y reuniendo el consejo, y llamando á todos los secretarios de decretos, mandó sacar varias copias de los artículos, discutiéndolos al mismo tiempo ligeramente, y aprobando luego su contenido. El clérigo era quien dictaba, por no soltar el original, con una prosopopeya ridícula y con un tono tal de suficiencia, que á pesar de lo serio de las circunstancias provocaba la risa de los que allí estaban. Cuando llegó al artículo en que se exigía la igualdad de votos y de prerogativas del pueblo y de la nobleza en los *sediles*, un caballero de alta jerarquía manifestó alterado, que aquello era mucho pedir, y que no se podía consentir en ello. Y levantándose con furia muy cómica el clérigo, dijo en tono decisivo: *señor mio, así lo quiere Masanielo*. Y el Vi-

(4) Giraffi. — De Santis. — Capecelatro, MS.

rey, conteniendo con una severa mirada al opositor, contestó: *si, señor, muy bien, cámplese el gusto del señor Masanielo* (5). ¡Tan apuradas andaban las cosas! Con esto se calmó Fattoruso, quedó convenida la capitulación, y se creyó que al nuevo día quedaría definitivamente arreglada la ciudad.

Terrible fué aquel para el duque de Arcos, pues no sólo le pusieron en cuidado la ferocidad del pueblo, la audacia de los sublevados, y los espantosos sucesos que á su vista habían ocurrido, sino también las noticias de que la insurrección cundía rápidamente por el reino, aunque con diferentes formas. En Sorrento había habido graves conflictos y alborotos, quedando el pueblo triunfante. En Salerno había sido atropellada la autoridad, y se habían abolido todas las gabelas. En Aversa empezaban con sangre los disturbios. En Abruzzo, Puglia y Calabria reinaba la mayor confusión. Ya empezaba á conocer el antes terror y luego perplejo Virey que corría grave riesgo la fidelidad y dependencia de aquel importantísimo estado, conducido con sus desaciertos y con las inconsideradas exigencias de Madrid, al último grado de desesperación.

CAPITULO XIII

Con el nuevo día, que fué el 11 de julio, proseguieron activamente las obras de fortificación en los barrios; se enviaron gruesas partidas á caballo para hacer la descubierta; salieron nuevos emisarios á extender el odio á la nobleza y á los españoles, y se aprestaron más piezas de artillería. También se rebolaban las pesquisas para buscar á los bandidos que aun pudieran estar ocultos en la ciudad; y sobre todo para descubrir y haber al duque de Maddalona, blanco del odio encarnado del pueblo y de la sed de venganza de su caudillo.

Publicóse un bando obligando, so pena de la vida, á los nobles á que enviaran á alistarse en la tropa popular á todos sus criados y dependientes, con caballos, armas, municiones y asignación. Muchos lo ejecutaron inmediatamente; otros se excusaron con la notoria pobreza á que la sublevación les había reducido, manifestando que no tenían más que su persona y su espada, no admisibles entónces por sospechosos.

Puso Masanielo precio cómodo á los comestibles. Y porque en el día anterior había habido violencias, cuyo temor mantenía cerradas las tiendas, y retraídos á los trajineros, dispuso la publicación de un bando en forma regular, prohibiendo con pena de muerte todo insulto y molestia á los puestos de comestibles; y á los que se dedicaban á abastecer la ciudad; mandando á los capitanes de barrio no permitiesen separarse de ellos á ningún individuo armado; y condenando, en fin, á la pena de traición á los que incendiaran, saquearan ó causaran daño á los pacíficos habitantes.

Cuando entendía en estos arreglos, le avisó una mujer que habían visto al duque de Maddalona á caballo en la Arenela, casa inmediata; mandó Masanielo gratificarle con cincuenta escudos, y doblando la talla por la cabeza del duque, envió á buscarlo al punto indicado una tropa de gente montada. Fué en vano la diligencia; estaba ya en salvo, y sólo hallaron á dos criados snoyos y á su barbero; los cuales tres infelices insultados, golpeados y heridos, fueron llevados con gravísimo peligro de la vida á la plaza, y presentados al jefe popular. Hizoles éste reiteradas preguntas sobre el paradero de su amo; pero, ó por ignorarlo verdaderamente, ó por honrada fidelidad, se mantuvieron firmes en que nada sabían. El pueblo quiso hacerlos pedazos, pero Masanielo consiguió impedirlo, y los dejó ir en libertad. Lo mismo hizo con dos caballeros, que por querer huir de la ciudad, saliendo de ella sin permiso, habían incurrido en la pena de muerte. Llevados ante su tribunal los declaró libres de todo cargo, y les dió un pase para que fueran donde les pareciese. No fué tan afortunado un panadero acusado de haber dado el pan faltó. Lo hizo confesar en el acto por un fraile, y cortarle la cabeza por el verdugo.

Ciertamente era tan grande (lo aseguran todos los autores contemporáneos) el instinto de orden y de gobierno que manifestaba Masanielo, tan extraordinario el prestigio de su presencia y de su nombre, tan absoluto el dominio que ejercía en las turbas, que los hombres más ilustrados de Nápoles, y el mismo cardenal Filomarino, estaban átonitos y pasmados, dando margen á la ignorancia para creerlo inspirado. Y se espavieron mil ridículos cuentos y patrañas aplicándole frases de la Escritura (6). Y hasta lo creyeron San Juan Bautista, según refiere una curiosa carta de aquel tiempo, que original hemos visto (7).

Las noticias de lo ocurrido en Nápoles llegadas á Roma, pusieron en agitación al Papa y sus ministros, excitados diestramente en contra por el conde de Oñate, embajador español, y secretamente en

(5) De Santis.

(6) Giraffi.

(7) En un códice de la librería del príncipe de San Gregorio.

favor por el marqués de Fontenay Mareuil, que lo era de Francia. Y entre tanto que aquel exigía del Padre Santo órdenes terminantes para el Cardenal arzobispo, y para todo el estado eclesiástico del reino, mandádoles ayudar al Virey y procurar por todos los medios imaginables acabar con la sublevación; éste oponía obstáculos y dilaciones á que se expidiesen. Y conociendo la oportunidad para sustraer del dominio español tan rico é importante estado, envió secretamente á Nápoles emisarios, que acaloraron la conmoción, y que si era posible la dirigiesen en el interes de la casa de Francia, que tanto anhelaba rehacerse con la posesión de aquel reino.

El fidedigno historiador Tomás de Santis refiere, que en un día de confusión popular se acercó á Masanielo varias veces un hombre desconocido disfrazado de mujer, que con acento extranjero le dijo: que la suerte le ofrecía una buena corona, si tenía habilidad para procurarse la alianza de alguna nación poderosa; con otras frases para animarlo á no desperdiciar la ocasión que la fortuna le presentaba. Y que Masanielo, sin hacerle caso alguno, le contestó rudamente, que no quería más corona que la de la Virgen, ni más fortuna que librar al pueblo de las gabelas, volviendo luego á sus banastas y á vender pescado por la ciudad. Este acontecimiento, y las noticias que unos barqueros de Prócida llegados de Roma trajeron, de que había allí un príncipe francés, que se interesaba mucho por Masanielo y por los napolitanos, y varias especies que de cuando en cuando circulaban por los corrillos sobre la necesidad de apoderarse de las fortalezas, de hacer guerra á muerte á los españoles, y de pedir socorro á los franceses; especies que, en honor de la verdad, siempre eran rechazadas por el muchedumbre, combatidos por Genovino, y consistentemente por Masanielo, prueban evidentemente que agentes secretos de Francia empezaban ya á trabajar de concierto aprovechando la oportunidad.

Estos incidentes de que llegaba la noticia, tal vez abultada, á Castelnuovo, y el ver que aunque aprobadas ya las capitulaciones, avanzaba el día sin arreglarse nada, y que proseguían con actividad las obras de fortificación, creciendo en consistencia el levantamiento con los nuevos decretos y disposiciones gubernativas del caudillo popular, traían inquieto al Virey. Y envió mensajeros al Cardenal, con una carta en que le pedía que apresurase la publicación de los capítulos acordados, porque toda dilación podía perjudicar al servicio del Rey y aumentar los desastres de la ciudad. El prelado, conociendo también la gravedad de las circunstancias y lo peligroso de las dilaciones, habló á Masanielo, requirió á Genovino, y puso en juego su autoridad personal para que no se retardase en dar oñeta al pueblo de la capitulación, con lo que debían volver las cosas á su estado normal. Y así que vió todo preparado y dispuesto convenientemente, envió á Castelnuovo á su maestro de cámara para anunciar al Duque que iba á cumplirse su deseo. Contestóle el Duque con un billete manifestándole su satisfacción, y que se ponía para todo en sus manos.

Ya estaba convocada el pueblo para hora determinada, en la plaza del Mercado, donde debían publicarse en toda forma el privilegio, la pragmática y la capitulación, debiendo volver en seguida á ejercer la suprema autoridad el Virey, y deshacerse completamente el alboroto y la reñion popular, por haber llenado su objeto; cuando un nuevo incidente vino á turbar los ánimos, y á poner en duda la buena fe de los convenios. Y fué que las galeras de Nápoles que estaban en Gaeta, mandadas por Giannettin de Doria, aparecieron en el golfo, navegando con próspero viento hácia el fondeadero. Puso su vista en grande temor al pueblo, y á Masanielo en cuidado. Lo que advirtió por el diligente Filomarino, envió á toda presa al castillo á su teólogo consultor, para rogar al Virey que las hiziese retroceder inmediatamente. Este conociendo y apreciando las circunstancias, contestó por escrito al prelado, incluyéndole la orden para detener las galeras y ponerlas á la disposición del pueblo.

Tranquilizados los ánimos de todos con esta prueba de buena fe, y satisfecho Masanielo, envió en una lancha orden á Doria para que virase en redondo y se mantuviese á una milla del puerto. Fué al instante obedecido, y con la misma lancha mandó Doria á tierra uno de sus oficiales para saludar en su nombre al jefe popular. No admiró poco al marino el aspecto del pueblo, y más que todo la juventud, facha, rudeza y miserable traje del pescadero, á quien trató de ilustrísima, como ya lo hacía el mismo Virey. Recibiólo Masanielo con cómica gravedad; y como el recién llegado le pidiese permiso de desembarco para el general, y algunos viveres de refresco, nególo el primero, encargando que ni un solo soldado viniese á tierra, y concediólo lo segundo, mandando enviar á bordo inmediatamente cuatrocientas hornadas de pan, pipas de vino y otras vituallas.

Arreglado este negocio, se dispersó el pueblo, mientras llegaba la hora de la lectura de los capi-

tulos, á proseguir (á pesar de los bandos y prohibiciones, dados mas *pro formula* que para que se obedeciesen) en los incendios y saqueos; y por cierto que no campeaban ya en ellos el desprendimiento y el horror al robo, que en otra ocasión elogiamos (1). Fueron pues quemadas y robadas aquella mañana las casas del presidente Fabricio Cenamo, de Vicente Cuomo, y de otros pudientes. Y nacieron disputas y riñas muy serias sobre el reparto de los despojos.

Al cabo, hechos los preparativos y llegado el momento, se verificó la deseada publicación y lectura de los capítulos del convenio, en la iglesia del Carmen con toda solemnidad. El Arzobispo, bajo un dosel levantado delante del altar mayor, presidió el acto, estando á sus lados de pie Masanielo, Palumbo, Genovino y Arpayá, la iglesia atestada, y la plaza llena toda de apretado gentío: el privilegio, la pragmática, y la capitulación fueron leídas desde el púlpito y publicadas á son de trompeta y con todas las formalidades de estilo por un notario público. Acabada la ceremonia, subió al púlpito Genovino, arengó al pueblo felicitándole por su triunfo, y propuso que se cantase un *Te Deum*. Y entonado él mismo el primer versículo, siguiólo todo el pueblo acompañado del órgano de la iglesia. Gran entusiasmo causó esta solemnidad; y aunque no faltaban semblantes pálidos y descontentos de los que sentían tuviesen término los desórdenes, la generalidad estaba satisfecha y repetía alegres vivas al Cardenal, á Masanielo, y también al Virey.

Este, en cuanto recibió aviso del buen éxito del acomodo, se trasladó del castillo á palacio, y envió á su capitán de guardias don Diego Carrillo, á dar gracias á la ciudad, recorriéndola toda á caballo, y á invitar á Masanielo á venir á verlo y á recibir mercedes. Asustóse el pescadero con el convite, y preguntó sobresaltado al Arzobispo si serían cadenas y horca las mercedes que le esperaban (2). Lo tranquilizó el prelado, dándole grandes seguridades, y aconsejándole no retardar la visita. El sin embargo quiso consultarlo con el pueblo, y vió que la opinión general era que debía ir á palacio, con lo que se resolvió á hacerlo. Pero no quería separarse del Cardenal, con quien quiso con gran empeño confesarse antes. Mas éste le dijo que no era necesario, y que cuando todo estuviera tranquilo tendría tiempo de hacerlo más despacio y con mejores auspicios; y le aconsejó que para ir á ver al Duque mejorara de traje, vistiéndose no sólo decentemente, sino como convenía tanto á su carácter de Capitán general del pueblo, cuanto al decoro de la suprema autoridad á quien iba á presentarse. Resuñó Masanielo el dejar sus harapos, pero impelido, según el mismo dijo, por el Arzobispo hasta con pena de excomunión, se puso un magnífico vestido de tela de plata, obligado á su hermano, más joven que él y de la misma condición, á mejorar de ropa. Y como se vistió delante de todos en medio de la plaza, manifestó lo demudado, desencajado y flaco que se había puesto en sólo cinco días que llevaba de no comer, dormir ni sosegar, pues parecía un esqueleto, como dice Giraffi, y apenas podía moverse ni tenerse en pie, de decaimiento y debilidad.

CAPITULO XIV

A media tarde el Arzobispo en su carroza, llevando á un lado á Masanielo lujosamente ataviado, y en un hermoso caballo torcido con rico caparazon y vistoso penacho, al otro al electo Arpayá también á caballo, y detrás en una silla de manos á Julio Genovino, y seguido de todo el pueblo con aplauso universal, partió de la plaza del Carmen y se dirigió á palacio. La carrera estaba recién barrida y regada, adornada con ricas colgaduras, hechida de gente; reinaba gran orden en el bullicio, y las campanas á vuelo publicaban la alegría de la ciudad. Precedía á esta procesion un trompeta, que tocaba, y gritaba en seguida: *viva el Rey! viva el fidelísimo pueblo!* Y como una vez añadiese de motu propio *viva Masanielo!* éste indignado arremetió á él, lo asió de los cabellos y lo quiso matar (3).

Al llegar á la plaza del castillo, había crecido tanto la concurrencia, que era imposible abrirse paso, por lo que tuvo que detenerse la procesion en Fontana-medina. Allí el capitán de la guardia del Virey llegó á caballo y sin armas al encuentro de Masanielo para saludarlo en nombre del Duque, y manifestarle el placer con que iba á ser recibido. El pescadero oyó la embajada con gravedad y casi indiferencia, y contestó pocas palabras, discretas y oportunas; pues el poder supremo, aunque de pocos días, da á veces temple á los más humildes, y en tono elevado aun á los más zafios y miserables. En seguida ocurrió una curiosa escena, cuya relación vamos á traducir literalmente del ingenio cronista Alejandro Giraffi, que parece la presencié, y que conserva en su pluma la fisonomía de la época y el sello de las circunstancias.

(1) De Santis.

(2) Giraffi.

(3) De Santis.

Dice pues aquel contemporáneo escritor: «Parándose Masanielo, y haciendo seña al pueblo, que ascendía ya al número de veinte mil almas, de que no pasara adelante, en un punto, con increíble silencio, quedó muda é inmóvil aquella innumerable muchedumbre. Púsose luego Masanielo en un salto en pie sobre la silla de su caballo, y con alta y amorosa voz dijo: — ¡Pueblo mio! gracias sean dadas á Dios con eternas voces de júbilo, por la antigua libertad reconquistada. ¡Quién de vosotros creeria tal cosa! Pareo un sueño, una fábula, y veis que es verdad, que es un hecho. Infinitas gracias demos á la beatísima Virgen del Carmen, y después á la paternal benignidad del Emmo. Sr. Cardenal nuestro pastor. Vamos, pueblo mio, ¡quiénes son nuestros amos! Responded conmigo: Dios y la Virgen del Carmen. — Y el pueblo lo repetía. — El rey Filipo (proseguía Masanielo), el cardenal Filomarino y el duque de Arcos. — Y el pueblo con inmediato y conforme eco repetía la voz de su general. Hizo éste breve pausa, sacó del pecho los privilegios del Rey don Fernando y del Emperador Carlos V, con las nuevas pragmáticas firmadas por el Virey, Colateral y consejo de Estado, y con más alta voz continuó: — Ya estamos libres de todo impuesto, ya descargados de tanto peso. Ya están quitadas y abolidas todas las gabelas. Ya se nos ha restituido aquella cara libertad que nos concedió el Rey Fernando de feliz memoria, y que nos confirmó el Emperador Carlos V. Yo nada quiero ni nada pretendo más que la pública felicidad. Muy bien sabe el Emmo. Cardenal arzobispo miretante intención, pues se la he dicho y escrito con juramento. Y también sabe que al principio de nuestros justos resentimientos, por el deseo que tenía su Eminencia de ver quieto al pueblo, me ofreció con generosidad régia doscientos escudos al mes de su propio bolsillo, por todo el tiempo de mi vida, con tal que no fuésemos adelante en nuestras pretensiones, tomando á mi cargo el ponerlos de acuerdo lo mejor y más brevemente posible; la cual oferta rehuse siempre, dándole infinitas gracias. También sabe que si no me hubiera visto apretado una hora hace por su Eminencia con el tenaz vínculo de un precepto, y atemorizado por el espantoso rayo de la excomunión, para ponerme el vestido que llevo, jamás hubiera dejado mis ordinarios harapos de marino; porque tal nacl, tal vivi, y tal pretendo vivir y morir. Después de la pesca de la pública libertad, que la haré en el tempestuoso mar de esta ciudad afligida, volveré á la otra antigua, y á vender pescado, sin reservarme para mí casa ni un afiler. Os ruego, pues, para que ninguna otra cosa os pido, que cuando yo muera me reze cada uno de vosotros un *Ave Maria*. — ¡Me lo ofrecéis! — Sí, sí, respondieron universalmente todos, lo haremos, con mucho gusto, pero ve aquí á cien años. — Os doy gracias, proseguió Masanielo, y por el amor que os tengo quiero daros un consejo: no dejéis las armas de la mano hasta que vuelvan de España confirmadas y reconocidas por el Rey nuestro señor, las gracias recibidas y los capítulos estipulados. Y no os fieis jamás de los nobles, porque todos son traidores y enemigos nuestros. (Aquí se extendió en palabras tales y de tanto despecho, que por modestia las callamos.) Y proseguió, yo voy á negociar con S. E.; dentro de una hora me volveréis á ver, ó mañana lo más tarde. Pero si mañana por la mañana no estoy con vosotros, destruíd á fuego y sangre el palacio y toda la ciudad. — ¡Me das todos vuestra palabra de hacerlo así! — Y como que le damos, y que lo haremos, respondió resueltamente el pueblo, podeis estar bien seguro de ello. — Bien, muy bien, continuó Masanielo: de cuanto hasta ahora hemos hecho está grandemente contento S. E.; porque, aunque se han quitado las gabelas, no ha perdido nada S. M. Quien ha perdido esa nobleza enemiga nuestra. Ya está pobre, ya van vuelto á la primera mendicidad los avaros y voraces lobos de tantos asentistas y partícipes, que compraban y vendían nuestra sangre. El que ellos pierdan redunda en gloria de Dios, servicio de nuestro Rey, y público beneficio de la ciudad y del reino de Nápoles. Ahora serás verdadero rey de este inculto reino de Nápoles, rey Filipo; ahora adornará las sienes del monarca español la más rica corona que jamás ha ceñido; ahora cuanto le demos (en lo que andaremos todos á portía en todo tiempo, por más que digan los enemigos envidiosos de la anárquica grandeza), será verdaderamente suyo. No como acontecía antes, que le dábamos tesoros, y se contentaban en humo. Por esto está tan contento de lo que hemos hecho y de lo que hagamos el señor Virey, como que ve destruídos á sus verdaderos enemigos. — Dichas estas y otras muchas palabras, se dirigió al señor Cardenal y le dijo: Eminentísimo señor, dad la bendición al pueblo. — Sacó la cabeza del coche su Eminencia y con dos signos de cruz á una y á otra parte por las ventanillas, dió su pastoral bendición. Y como después de esto quisiese seguir adelante la cabalgata, era tan grande la apretura del inmenso gentío apiñado en la plaza del Castelo, que imposibilitaba el paso. Y por esto, y por no parecer conveniente que en

» tiempo de avenencia se encontrara el Virey con tanta gente, Masanielo, imponiendo silencio á todos con una leve seña, mandó bajo pena de la vida y de rebelion, que ninguno osase dar un paso más. Y con maravilla grande fué inviolablemente obedido. Prosiguió él la marcha á caballo, y detrás ven su carroza el señor Cardenal, seguido de Arpayya, del hermano de Masanielo y de Genovino. Llegados á la plaza de palacio, encontraron una fuerte trinchera custodiada por compañías de caballos y de infantes, estando todos los balcones guarnecidos de armada soldadesca. Pasó apresurado Masanielo aquel reparo, y su Eminencia y los demás, y las carrozas del séquito. Entrando en el patio de palacio, se encontraron en la escalera al señor Virey, que salía á recibir al señor Cardenal. Este le presentó á Masanielo, que le hizo reverencia arrojándose al suelo, y besándole los pies en nombre del pueblo, para darle gracias por las acordadas capitulaciones, y le dijo: *que venia allí para que S. E. hiciese de él lo que quisiese; para que lo ahorcara ó enrodrara; en fin, para que hiciera lo que gustase. Pero el señor Virey le hizo poner en pie, diciéndole: que nunca lo había mirado como criminal, ni pensado que hubiese ofendido á S. M. en nada, que por lo tanto estuviera de buen ánimo, pues lo apreciaba mucho. Y dicen que al hablarle así lo abrazó muchas veces, y que Masanielo le repuso: que jamás había tenido otro pensamiento que el del mejor servicio de S. M. y de S. E., y que ponía á Dios por testigo de esta verdad.*—En seguida, subiendo á la más secreta cámara del palacio, conferenciaron largo rato entre sí, el señor Cardenal, el señor Virey y Masanielo, sobre las ocurrencias de la ciudad, y sobre el estado de las cosas públicas. Hasta aquí Giraffi.

Otros historiadores cuentan que Masanielo se desmayó á los pies del Virey, lo que puso á todos en grande apuro, y que echándole agua en el rostro se le volvió en sí, y pudo por su pie subir la escalera, y entrar, completamente repuesto, en el despacho del Duque, donde solos con el Cardenal entraron en prolija conferencia.

A poco rato empezó á interrumpirla el confuso rumor de la muchedumbre, que poco á poco fué llenando la plaza de palacio. No de la gente que mandó Masanielo detenerse en la plaza del castillo, pues obediente no había avanzado ni un paso, sino de la que viniendo de todos los barrios llegaba por otras calles, ignorando la órden del pescadero. Y empezando á alarmarse con la prolongada visita, por no faltar instigadores que esparcieron la voz de que habían arrestado al jefe popular, clamó con desaforados gritos que quería verlo y que saliese al balcón. El mismo Virey, cuidadoso de aquellos clamores y de lo que crecía el bullicio, pidió á Masanielo que sin tardanza lo verificase, para asegurar con su presencia á aquella comovida multitud. Hizo así acompañado del Arzobispo y del Duque. Y en medio de la tempestad de aplausos que se levantó, dió á escuchar su voz gritando: *Heme aquí sano y salvo. Paz, paz.* El entusiasmo popular creció de todo punto manifestándose con lágrimas, alaridos, vivas y aclamaciones; se pusieron á vuelo las campanas de San Luis, á las que sin saber por qué, respondieron las de toda la ciudad, con tan ardor rimbombe, que obligó á Masanielo á mandar que cesasen, como se verificó muy pronto. Cuando paró el estruendo, victoreó, repitiendo los vivas aquel inmenso gentío, á Dios, á la Virgen del Cármen, al Monarca español, al Arzobispo, al Virey y al fidelísimo pueblo napolitano; y en seguida, vuelto al duque de Arcos, que oh vergüenza! estaba besándole y limpiándole el sudor con su pañuelo, y llamándole á voces libertador de Nápoles (1), pasmado de ver la influencia eléctrica de sus miradas, y la fuerza mágica de sus palabras, le dijo: *ahora quiero que sea V. E. cuán obediente es este pueblo;* y poniéndose el dedo en los labios en señal de silencio, enmudeció como por encanto aquel confuso mar de vivientes, sin oírse ni el rumor más pequeño. Y luego dijo en alta voz: *bajo pena de la vida y de rebelion, mando despear, y que no quede nadie en esta plaza.* Inmediatamente en el más profundo silencio, sin sentirse más que el ruido sordo de las pisadas, desapareció aquel inmenso gentío por distintas calles, quedando la plaza completamente desierta. Lo que dejó confusos y pasmados al duque de Arcos, al cardenal Filomarino y á cuantos lo presenciaron (2).

Continuó la conferencia, acordándose en ella que se imprimieran y publicaran las capitulaciones con las firmas, refrendos y requisitos necesarios, y que el sábado próximo se llevaran al pueblo en la catedral, y se jurara su obediencia, con solemne oferta del Virey, de los consejeros, y de todos los funcionarios públicos, de que serian ratificados en Madrid. También se trató de que Masanielo devolviese el mando supremo al Virey; pero encontró este inconvenientes para aceptarlo, y confirmó al pesca-

(1) Raph. de Turris.
(2) Giraffi. — De Santis. — Comte de Modène. — Capecelatro, MS. y todos los contemporáneos.

dero en el alto cargo de Capitan general del pueblo, confiriéndole también el título de duque de San George, que cedió á su favor en aquel acto el marqués de Torrecusa. Pero no pasó de allí esta gracia, pues no consta que Masanielo hiciese uso de ella, ni que causase efecto alguno en el pueblo. El Virey le encargó mucho que acabase con los bandidos, elogiando el servicio que había hecho al reino en perseguirlos y exterminarlos; y puso á sus órdenes al preboste general, para que ejecutara puntualmente sus sentencias. Varios autores dicen que Masanielo ofreció al Duque la plata de las iglesias, encargándose de despojarlas, y que habiendo rechazado este la proposición, se convino en que recuaría un cuantioso donativo para el Rey.

Ya había anochecido cuando concluyó esta entrevista, en que el pescadero, desconociendo la posición que se había adquirido, descubrió su condición villana en acciones humillantes y en extravagancias ridículas; y en que el duque de Arcos desmintió la suya de alto personaje, y su carácter de suprema autoridad, con degradantes aduaciones, con tímidos miramientos y con miserables complacencias; si bien merece elogio por haber rechazado el consejo que le dieron algunos de apoderarse de la persona de Masanielo, y de caer con las tropas sobre el pueblo despercibido; ora lo hiciese por no creerse con fuerzas bastantes, ora por no faltar á la buena fe, manchando su nombre con una iniquidad.

Acompañó el Duque al Arzobispo y á Masanielo hasta la escalera, donde besándole á la mano y abrazando de nuevo á este, le volvió á llamar, en público y á boca llena, *mi servidor del Rey y glorioso defensor del pueblo;* y le echó al cuello una cadena del valor de tres mil escudos. Resistióse el pescadero á admitirla; pero las instancias del Virey y el mandato del Cardenal le obligaron á resignarse con el regalo. Volvieron todos á tomar sus caballos y carrozas, y con el mismo órden en que habían venido dirigieron al palacio arzobispal, por medio de alegre y pacífico concurso que los victoreaba, y por una lucidísima carrera iluminada, enramada y colgada magníficamente, y al ruido de las campanas que celebraban á vuelo aquel importante día (3). Mas, como muy pronto veremos, no vino con él el remedio suspirado para los desastres de la desventurada ciudad.

En el palacio arzobispal estaba dispuesto un abundante refresco; y cuando lo disfrutaban Masanielo y los suyos, muy festejados por Filomarino y por las personas eclesiásticas y seculares de su séquito, cundió rápida alarma por el populacho con la noticia de que varias tropas de bandidos se acercaban á la ciudad. Nació este rumor de que regresando de sus tierras el marqués de Santelmo Caracciolo con muchos criados y guardias á caballo, se asustaron los sublevados que custodiaban la puerta de la ciudad; y sin más exámen hicieron armas contra aquella gente, apoderándose del marqués, á quien trataron de hacer pedazos, sin dar oídos á sus explicaciones. La marquesa viuda, tía del que en tanto apuro se encontraba, sabedora de la ocurrencia, fué inmediatamente en busca del Arzobispo para salvar al sobrino de aquel desastre. Oyó Masanielo sus lamentos y sus razones, y tocado de sus gemidos, la tomó por la mano, la tranquilizó, y le aseguró que sería puesto sin demora el marqués en libertad; para lo que envió apresuradamente á la puerta, en que estaba detenido, á uno de los suyos, que llegó por fortuna á tiempo para que lo dejasen libre y llegar á salvo á su casa.

Trató Masanielo, ya avanzada la noche, de retirarse á descansar de las fatigas de aquel día, y el Cardenal le dió su carroza, en la que con su hermano, Genovino y Arpayya se dirigió á la plaza del Mercado. La noticia de invasión de forajidos se había esparcido demasiado para que no fuese ya general la inquietud; por lo que se reforzaron los puestos, se dispusieron patrullas, se hicieron fogatas en las plazas y encrucijadas, y se pasó la noche toda con las armas en la mano y en desordenada inquietud.

CAPITULO XV.

Después de aceptados por el Virey los capítulos propuestos por el pueblo, de quedar restablecido en toda fuerza y vigor el privilegio de Carlos V, abolidas todas las gabelas, y lleno por lo tanto completamente el objeto de la sublevación, parecía regular que se calmaran los ánimos, que se sequeara la ciudad, y que se restableciera la autoridad legítima, concluyendo la dictadura del pescadero. Pero lejos de suceder así, el día que siguió á la entrevista, con que se creyeron zanjadas todas las dificultades, fué uno de los más turbulentos y en que ostentó más necio orgullo y absoluto poder el jefe popular.

Aquel funesto día trabajó mucho la famosa *compañía de la Muerte*, formada de la más relajada juventud, y en la que dicen figuró en primer término el célebre pintor Salvalor Rosa, cuyos valientes cuadros representando varias escenas de la sublevación, hemos examinado detenidamente. Pero, aunque formase parte de tan sanguiñaria cuadrilla,

(3) Giraffi. — De Santis.

vistiendo sus habituales harapos, á establecer en la plaza su tribunal. No ya en el palco y en el tablado en que solía, sino en la ventana de su propia casa, donde le presentaban los memoriales y peticiones en la punta de una pica, y él los recibía y decretaba teniendo en la mano un arcabuz, con la mecha encendida y pronto para hacer fuego; y á la puerta de su casa estaban reunidos siempre más de dos mil hombres armados, que ejecutaban sin réplicas sus más leves caprichos.

Envío gruesos pelotones á guardar las afueras de la ciudad, y diferentes turbas con cabos de su confianza á recorrerla toda, para buscar y exterminar cuantos bandidos pudiese haber aún ocultos en ella. Las tropelías y venganzas particulares á que daría lugar esta pesquisa, pueden muy bien imaginarse. El resultado fué traer á la presencia del pescadero más de cien cabezas, que aumentaron el espantoso adorno de la plaza del Cármen. Repudió la prohibición de capa y ropas talares; y por haberse hallado, según dijeron, un bandido disfrazado de mujer, con armas escondidas bajo las faldas, mandó cercenar estas y recortárselas hasta la rodilla; á lo que tuvieron que sujetarse sin réplica, más ilustres matronas de la nobleza. Tampoco se bajara el pan á un precio infimo, y que se aumentara considerablemente su peso; y á un hornero, que se resistió á verificarlo, lo condenó á ser quemado vivo en su propio horno, como se ejecutó inmediatamente (4). Presentáronle cuatro bandidos aquella mañana, que se habían hallado ocultos en un arrabal, y les hizo cortar allí mismo en su presencia las cabezas, con la cuchilla de cortar el pescado. Y era tal el vértigo de matanza que se había apoderado del tal Masanielo, que para que las ejecuciones fueran más violentas y más notorias á toda la ciudad, mandó establecer en la calle de Toledo y á la vista del palacio un ancho patibulo, con los instrumentos más espantosos de muerte, y dos verdugos que no pasaron ociosos el día.

Fué detenida en la Merinella una falúa sospechosa, que venía de las playas de Sorrento con seis marineros y cuatro hombres armados, y como encontraron á uno de ellos un paquete de cartas, condujeron á todos maniatados á la presencia del pescadero. Resultó ser correspondencia del duque de Maddalona con su secretario la que conducían; y estando la mayor parte escrita en cifra ininteligible, y el resto en generalidades ambiguas de que no se sacaba noticia alguna, sufrieron un largo y prolijo interrogatorio los marineros y los otros cuatro. Aquellos probaron no saber nada del duque, ni de quienes eran aquellos hombres que se habían fletado la barca. Pero estos, después de padecer espantosos tormentos, en que confesaron mil cosas absurdas y contradictorias, fueron decapitados.

Este acontecimiento aumentó la inquietud pública, teniendo nuevas maquinaciones del no escarmentado duque de Maddalona, y avivó los temores del jefe popular, que veía donde quiera asechanzas contra su vida, creciendo sin límites su crueldad y sed de sangre. Y cuantos le presentaron aquel día como sospechosos, fueron sentenciados y ejecutados en el acto: pereciendo unos en la horca, otros en la rueda, muchos arcauceados, y algunos despedazados por la multitud (5).

Dispuso Masanielo aquel día, que cuantos clérigos y frailes se encontrasen en la calle fueran conducidos á su presencia para averiguar por sí mismo si eran verdadera gente de iglesia ó facinerosos disfrazados; y fué exactamente obedecido, causando infinitas vejaciones á hombres pacíficos y desarmados, y yendo algunos de ellos al patibulo porque un enemigo particular los calificaba de bandidos. Mandó, bajo pena de la vida, que cuantas personas estuviesen retraidas y ocultas en los conventos y casas particulares volbiesen inmediatamente á las suyas; y al momento que se publicó el bando se vieron atravesar pálidos y desconcertados las calles, y volver á sus moradas, á muchos caballeros, militares retirados, negociantes extranjeros, sacerdotes, ancianos, enfermos y señoras que habían buscado un asilo, y que tenían que abandonar por no ser descubiertos y asesinados en la pesquisa general que debía verificarse. Dió también órden el pescadero de que los tenderos y artesanos abrieran sus tiendas y talleres y se pusieran á trabajar como solían, y al punto fué sin réplica obedecido; y dispuso, en fin, para evitar la confusión, que se retiraran las masas populares, dejando en cada calle cuatro hombres y un cabo. Con esto quedaron sobre las armas unos treinta mil hombres, ganando cada uno un carlino (medio real de vellón) y ración de pan, carne y vino.

Aquel funesto día trabajó mucho la famosa *compañía de la Muerte*, formada de la más relajada juventud, y en la que dicen figuró en primer término el célebre pintor Salvalor Rosa, cuyos valientes cuadros representando varias escenas de la sublevación, hemos examinado detenidamente. Pero, aunque formase parte de tan sanguiñaria cuadrilla,

(4) Giraffi. — De Santis.
(5) Giraffi.

no creemos digna de gran fe la que le atribuye en aquellos sucesos y en la intimidad con Masanielo la romántica pluma de una célebre escritora inglesa.

Algunos caballeros, por ganarse la gracia del supremo dictador, le enviaron aquella mañana de regalo hermosos caballos y joyas de gran precio, que él no admitió, diciendo enfurecido: que nada quería de la nobleza.—Avisáronle varios espías que aun existían escondidas en capillas y monasterios muchas riquezas pertenecientes á las personas cuyas casas y palacios habían sido asaltados los días anteriores. Dispuso al instante el reconocimiento general de los sitios que le indicaron, y encontróse en efecto gran cantidad de ropas, joyas, vajillas y dinero. Mas no mandó como antes que todo fuera entregado á la voracidad de las llamas, sino que todo se conservase y llevase intacto con el mayor cuidado y seguridad á los almacenes de la plaza del Mercado, para pagar la gente armada y ayudar al donativo que debía hacerse al Rey. Autores hay que aseguran que quiso el pescadero conservar todas aquellas riquezas para sí, porque empezaba á despertarse en su pecho la codicia y el deseo de mejorar de fortuna y de condicionar; pero el estado de miseria en que dejó á su familia demuestra que, si tuvo esta idea, no supió ni logró verificarla. Lo cierto es que se recogieron entonces grandes riquezas escondidas y mucho dinero soterrado, pues de un solo escondite se sacaron más de cien mil escudos, sin que conste su paradero.

Mucho deseaba Masanielo prender fuego al palacio del duque de Maddalona, que era su continua pesadilla; pero desistió de hacerlo por temor de que hubiese en él pólvora dispuesta á propósito para facilitar una voladura, y envió á algunos de sus satélites para reconocerlo prolijamente y acabarlo de saquear. Encontraron allí dos moros esclavos del duque, y los condujeron á la plaza del Mercado. Mandóles el dictador que declarasen cuanto supieran de su amo, y que se bautizasen sin réplica. Uno se resistió tenazmente á ambos preceptos, y después de apurar con indiferencia musulmana los más atroces tormentos, fué enrodrado. El otro, ofreciendo hacerse cristiano, declaró que el duque, su señor, había estado en Benevento, y que de allí había ido á las sierras de Calabria, donde permanecía reuniendo una tropa de bandidos. En premio de su docilidad en abjurar su secta, y de la declaración hecha, le fué en el acto conferido el destino de capitán de uno de los pelotones de la que podemos llamar guardia permanente del pescadero.

Notable mudanza se advertía en el carácter de este hombre extraordinario. Vióse de repente suspicaz y reservadísimo, mostrando una sed de mandos y de poderío insaciable. El temor de ocultas asechanzas lo había vuelto hártamente cruel, huyendo de todo consejo y rechazando con furor toda reconvencción. Obraba por sí solo y aléjose de sí con agrio desdeñando á Palumbo, á Genovino y al electo Arpayya. Gustábanle las adonaciones, soborebase con la lisonja, y empezó á concebir confusos planes de sólido engrandecimiento y de permanente autoridad; y no sabiendo él mismo cómo llevarlos á cabo, obra en todo de la manera más contradictoria y extravagante. Se le ocurrió convertir su pobre casuco en un palacio magnífico, é inmediatamente dió órden de derribar todos los edificios inmediatos, como empezó á ejecutarse, sin escuchar los clamores de los dueños, ni las reclamaciones de los vecinos. Mandó venir arquitectos y albañiles, y á varios mercaderes que le enviaron ricas telas para colgaduras. Trató de formarse una servidumbre y darle la librea correspondiente, y empezó á mezclar sus modales toscos y humiles con los graves y pomposos de gran señor (1). ¡Pobre Masanielo!

Creía por puntos, á medida que quería engrandecerse y adoptar las formas aristócratas, su odio á la aristocracia. Y como dos caballeros de Nápoles le pidieron aquel día, por medio de sus procuradores, justicia sobre cierto asunto contencioso, se negó á oírlos, vomitando insultos y denuestos contra la nobleza. Pero el blanco de sus odios, el objeto continuo de su anhelo de venganza era el fugitivo duque de Maddalona. Mandó buscar por la ciudad á todos sus criados y protegidos, y fueron asesinados cuantos tuvieron arbitrariamente una otra calificación; y él mismo en persona fué con sus sicarios más furibundos á asaltar el palacio que tenía aquel personaje en la ribera de Chiaja. Entró en él, entregó á las llamas cuanto encontró, dió enchilladas y golpes de alabarda en las puertas y paredes, y viéndolo en una galería los retratos del duque y de su padre, se enfureció de tal modo, que acribilló la imagen de este, llamándole padre de un traidor, y á la de aquel le picó los ojos y le cortó la cabeza, arrancándole del lienzo y llevándola como trofeo á la plaza del Mercado. Allí la colgó de la rifa en que, ya corrompido é inficionado el ambiente, estaba aun el cuerpo mutilado del infeliz hermano don José Caraffa. ¡Coincidencia singular! Esta cabeza pintada y este cadáver destrozado y corrompido estaban precisamente en el mismo sitio de la plaza en que pocos años antes padeció el últi-

(1) De Santis.

mo suplicio el inocente príncipe de Senza, victima de una negra trama urdida por los dos hermanos: el retrato del uno y los despojos miserables del otro parecía que estaban allí proclamando una justicia superior á la de los hombres (2).

Dió aquel día el Capitan general del pueblo varios decretos de buen gobierno: uno de ellos sobre el abasto del aceite. Y el Virey, retraído de nuevo en el castillo, también publicó otros contra los bandidos y revalidando los de Masanielo, para aparecer siempre, que era su idea favorita, como suprema autoridad; y por no interrumpir las relaciones, á pesar del horror de jornada tan desastrosa, le pidió socorro de vituallas, apresurándose el hombre del pueblo á enviárselas con abundante forraje para sus caballerías.

También la duquesa de Arcos se puso aquel día en amistosa comunicación con la mujer del pescadero, enviándole un rico presente de vestidos y de joyas, con que no tardó ella en engalanarse, afectando entre sus parientas y amigas, todas de lo infimo del populacho, una cómica gravedad y una ridícula altanería.

A media tarde llegaron á la bahía de Nápoles tres galeras, y el almirante, Giannettin de Doria, avisó al Virey, quien, siguiendo su sistema de complacencias, le ordenó ponerlas á la disposición de Masanielo. Este le mandó fondear lo más lejos posible, suministrándole víveres en abundancia, pero sin permitir que nadie viviese á tierra.

Al anochecer llegó el Cardenal arzobispo al Cármen, con pretexto de rezar á la Virgen, para tratar de amansar aquel hombre árbitro absoluto de la ciudad, y que tan inexorable y sediento de sangre se mostraba. Recibiólo Masanielo con el respeto más profundo, mostrando él con humildad sus templadas reconvencciones, y le rogó que subiese con él al campanario de la iglesia á bendecir al pueblo y á su espada de capitan general. Hizo uno y otro el reverendo Prelado, complacencia que no dejó de desopinarlo entre la gente sensata; y ciertamente no tendría él mismo mucha fe en una bendición dada á una furibunda canalla, manchada de sangre, cuando desaparecían los últimos rayos de un sol que había presenciado tantos horrores, en un recinto circundado de cabezas y miembros humanos, y al través de un ambiente fétido y corrompido que envenenaba á la ciudad.

Nunca se mostró más espantosa la tiranía popular; nunca fué tan absoluto y atroz el poder del pescadero miserable. Más de quinientas personas perecieron, ya por el pñal de los asesinos, ya por la cuchilla del verdugo, ya por las llamas de los incendiarios. Los cuatrocientos mil habitantes que contaba ya entonces la ciudad con sus arrabales, de todas condiciones, edades y sexos, temblando el cefo de su inexorable dominador y la furia de sus sicarios, obedecieron postrados sus más extravagantes caprichos... ¡Tremendo día fué el viernes 12 de julio de 1647, sexto de la sublevación! Su memoria se conserva aún fresca de padres á hijos en los napolitanos.

CAPITULO XVI.

Confuso y abatidísimo estaba el duque de Arcos, refugiado otra vez en Castelnuovo, viendo que todos sus planes para acabar con la sedición, plegándose á sus exigencias, habían sido inútiles; pues crecía la autoridad del prodigioso pescadero, y el pueblo se mostraba cada momento más furibundo y tenaz, y menos dispuesto á soltar las armas y á entrar en razón. Celebró varias consultas reservadas con el Cardenal y con Julio Genovino, para buscar de común acuerdo remedio á tantos desastres, y el modo de restablecer el órden lo más pronto posible. Ambos consejeros, conocedores de lo terrible de la situación, y deseosos ya de que tuviera fin, lo exhortaron á la prudencia, manifestándole que no se podía acabar de un golpe con el poder colosal de Masanielo, y que era necesario contemperizar hasta que comenzara á declinar su prestigio, como forzosamente había de suceder en vista de sus crueldades y desaciertos (3). Y convinieron los tres en lo importante que era no dilatar la ceremonia de jurar en la catedral la capitulación, con toda pompa y solemnidad, para que no tuviese pretexto plausible la sublevación, y para producir un efecto que no podía menos de ser muy saludable sobre la muchedumbre.

El Cardenal y Genovino se encargaron de trabajar para que no se dilatase la ceremonia, y para darle el mayor aparato; y el Virey dispuso la rápida y copiosa impresion de las capitulaciones, para que se repartieran con profusión al pueblo, manifestando así la buena fe con que las aceptaba y juraba, y la buena voluntad con que las cumpliría.

Amanció pues el sábado, 13 de julio, y empezaron á agitarse las turbas para buscar bandidos ocultos, que era el pretexto mejor para saciar particulares venganzas y lucrativos saqueos; y para con la idea de maquinaciones ocultas y de peligros

(2) Giraffi.
(3) De Santis. — Capecelatro MS.

permanentes, mantener viva la conmoción popular. Masanielo se estableció en su tribunal, entregándose á su manera al despacho de los negocios públicos. Y como le trajeran presos varios marineros, que habían encontrado recorriendo las tiendas y fingiéndose en ellas parientes suyos, pidiendo de su parte dinero para ciertas obras de fortificación, les mandó inmediatamente cortar la cabeza. También sentenció á muerte á otros miserables, que con el nombre de bandidos le presentaron. Lo mismo hizo con otros que le dijeron ser criados de Maddalona, imputándoles que llevaban correspondencia escrita en cifra y escondida en los zapatos. Dispuso nuevas investigaciones en conventos é iglesias para buscar tesoros escondidos, y mandó levantar en varios puntos de la ciudad horcas y patibulos. En fin, el día sétimo de la sublevación mostraba que iba á ser tan horroroso como el anterior.

También publicó aquella mañana el supremo dictador varios bandos y órdenes de policía, imponiendo pena de la vida, sin remisión, á la más ligera contravención de los más insignificantes artículos, y se ocupó en proveer varios destinos públicos. Nombró maestro de campo á un tal Andrés Polito, de oficio batibolero, hombre de infima condición, ignorantisimo y brutal, gran enemigo de españoles, y el que con más encarnizamiento los había perseguido y asesinado los días anteriores. Dió el mando de un barrio á un hermano de Palumbo, revoltoso furibundo, y el de otro á Genaro Amese, maestro arcaucero, de quien haremos larga mención en el progreso de esta historia, y repartió otros cargos de menor importancia á los más sobresalientes en sanguiñaria ferocidad y en tenaz oposición á todo acomodamiento.

El nuevo maestro de campo, ostentando un lujo de crueldad inaudito, y los otros jefes de los barrios y todos los nuevos empleados, por no quedarse en zaga, se mostraron aquella mañana misma inexorables contra cuantos se calificaban ligeramente de sospechosos; y cometieron execrables tropelías, descarados robos y lamentables ejecuciones, llevando de asombro á la ciudad, erizada de cadáveres y sembrada de cadáveres; y reuniendo luego, bien de *motu proprio* y por ostentar patriotismo ardiente y adhesión sin límites al dominador; bien acorralados por los que tenían aun interés en que el jefe del desórden, que tan ancho campo dejaba á las venganzas y á las rapinas; bien diestramente manejados por los instigadores extranjeros, que deseaban llevar las cosas más adelante; representaron á Masanielo que para su seguridad propia y para la del pueblo, era indispensable tener en depósito la posesion del castillo de Santelmo, hasta que volviese de España revalidada la capitulación. Esta exigencia, que como dejamos apuntado, sacó ya la cabeza en la conferencia del Cármen cuando se extendieron los capítulos, y que fué desechada por los argumentos de Genovino y del Cardenal, volvió á aparecer ahora con el apoyo de los primeros jefes populares, y acompañada de tan buenas razones de conveniencia general, que la adoptó inmediatamente el pescadero, y encargó al Arzobispo que la hiciese saber al punto al Virey. El sagaz Prelado no quiso combatir la idea en el primer momento de su desarrollo, y fué con el mensaje á Castelnuovo. El duque de Arcos respondió: que el disponer del castillo de Santelmo y de las demás fortalezas cerradas no estaba en su arbitrio, porque los castellanos recibían el título y el mando directamente del Rey, á quien juraban homenaje, y que no podían entregarlos á nadie sin órden expresa, directa y firmada por S. M. Que por lo tanto, aunque él quisiera, como efectivamente quería, complacer al pueblo, no sería en este punto obedecido. Que no existiese de él una cosa imposible, y que empeñaba de nuevo su palabra de que las capitulaciones, una vez juradas y aceptadas por todos, serian muy pronto ratificadas por el Soberano. Volvió con esta respuesta Filomarino al jefe popular, y le reprodujo los argumentos que ya expuso en la otra ocasión contra esta exigencia, añadiendo las razones y consejos que le parecieran más convenientes. Con lo que Masanielo, dándose por convencido, desechó con energía la propuesta de sus tenientes y validos; y para evitar nuevas reclamaciones, mandó inmediatamente publicar un bando con pena de la vida, para quien osase proponer la toma como rehenes, ó de otro modo, de los castillos y fortalezas de S. M. (4).

A mediada vino el Duque á palacio, y Genovino y Arpayya fueron á conferenciar con él ostensiblemente sobre el modo de verificar la ceremonia del juramento. El Arzobispo cardenal entre tanto fué á prepararlo á la iglesia mayor, y el jefe del pueblo mandó so pena de la vida, pues este era requisito indispensable de todas sus disposiciones, que se barrieran y adormaran las calles de la carrera, y que concurriesen todos los habitantes de Nápoles á la solemnidad popular (5).

La proximidad de la fiesta iba cambiando el aspecto de la ciudad. Desarmáronse los verdugos,

(4) De Santis.
(5) Giraffi. — De Santis.